

Tres pisos

NEFELIBATA



ESHKOL NEVO

Tres pisos

Traducción de Eulàlia Sariola



Duomo ediciones

Barcelona, 2019

A mi hermano Noam

PRIMER PISO

Lo que estoy intentando decirte es que, más allá de la sorpresa, había otro asunto del que Ayelet y yo no nos atrevíamos a hablar, aunque de un modo u otro sabíamos –bueno, yo lo sabía– que podría ocurrir. Las señales estuvieron allí todo el tiempo pero preferí ignorarlas. ¿Qué puede resultar más cómodo que unos vecinos que cuiden de tus hijos? Respóndeme. Cinco minutos antes de que tengas que salir, coges a la niña, así, sin nada, sin bolsa, sin cochecito, llamas a la puerta de enfrente y ya está. Ella, feliz de quedarse con ellos. Ellos, felices de tenerla. Y tú, feliz de poder dedicarte a tus asuntos. También salía más barato que una canguro. Bueno, estos detalles son un poco vergonzosos, pero hoy no tengo fuerzas para autocensurarme; te lo voy a contar todo. Y tú me prometes que no lo vas a aprovechar para ninguno de tus libros. ¿Trato hecho?

Una pareja de jubilados como ellos no tienen ni idea de lo que una canguro suele cobrar por hora. No están en la onda en lo que se refiere a las canguros, así que puedes fijar el precio que te convenga. Así lo hicimos: veinte séqueles por hora. Nueve años atrás aún era razonable. Bajo, pero razonable. Mientras, la tarifa en nuestra zona ha subido a cuarenta, y nosotros seguimos en veinte. Ayelet me lo recor-

daba a menudo: Tenemos que subirles el precio, y yo decía: Sí, claro, se lo subiremos. Pero nos quedamos en veinte. Y ellos no dijeron nada. Son gente educada, como todos los que vinieron a Israel desde Alemania, los *yekkes*; él anda por casa con traje y corbata, ella es profesora de piano en el conservatorio y utiliza expresiones como «Os lo ruego». Si nos hubiesen querido poner alguna objeción, sus modales *yekkes* no se lo habrían permitido. Y nosotros nos decíamos –bueno, quizá no en voz alta, pero lo pensábamos–: ¿Qué otra cosa tienen ellos en su aburrida vida? Nos deberían dar las gracias. Deberían pagarnos por estar con Ofri.

No recuerdo exactamente la edad que tenía la primera vez que la dejamos con ellos, pero era muy pequeña. ¿Cuánto tiempo se tarda en volver a tener relaciones sexuales con una mujer que ha dado a luz? ¿Un mes? ¿Mes y medio? Así empezó todo. Con el sexo. En el último mes de embarazo, Ayelet tuvo preeclampsia. Imposible tocarla. Un mes después del parto todavía sangraba. Y yo estaba más salido que el pico de una mesa, como cuando éramos unos críos, ¿recuerdas? En la vida me había ocurrido algo así; en mitad de una reunión podía quedarme mirando a una clienta y pensar en cómo podría agarrarla, meterla en el baño y rasgarle el vestido. Y lo bueno es que las mujeres captan esa hambre. En esa época hubo mujeres que me persiguieron para intentarlo. Y no es que yo fuera un Brad Pitt. La profesora de *spinning* me mandaba unos SMS increíbles. Te los enseñaré en cuanto pueda. Pero me contuve. Me mordí los labios con fuerza, y Ayelet, por su parte, lo agradeció. No dijo explícitamente: Te lo agradezco; ella no dice cosas así. Pero siempre me repetía: Echo de menos tus caricias, me

faltan tanto a mí como a ti. Y una tarde me lo propuso: Vamos a dejar a la niña en casa de Hermann y Ruth un rato. Me pasó el dedo por el hombro, lentamente. Nuestra señal.

Fue idea suya. Yo no sirvo para eso. La primera vez, Ayelet tomó la iniciativa. Llamamos juntos a su puerta y preguntamos si podían quedarse con la niña un rato. Creo que comprendieron exactamente lo que ocurría. La urgencia. Son de ese tipo de parejas veteranas en las que puedes ver que aún hay pasión entre ellos. Hermann es alto y erguido. Parece un canciller alemán. Ruth tiene el pelo blanco y largo recogido siempre en un moño que la hace parecer más femenina que vieja. Le preguntó a Ayelet cuándo había comido Ofri por última vez, y Ayelet respondió que no tenía hambre y que, de todos modos, sería solo un ratito. Preguntó si usaba chupete y nos pidió que dejáramos un pañal de repuesto, por si acaso. Entonces Hermann empezó a hacerle a Ofri ruidos cómicos y cosquillas en la barriga con la punta de la corbata. Ofri se reía. La risa a esa edad es instintiva, no auténtica, ya sabes. Y sin embargo, le dije a Ayelet: Mira cómo le sonrío. Y Ruth dijo: Los niños se vuelven locos con Hermann.

Tienes que saber que Ofri no se iba con cualquiera. Incluso cuando era un bebé lloraba con su abuela. Pero cuando se la dimos a Ruth se abrazó a ella, recostó la cabeza en su pecho y con los deditos se puso a jugar con su largo pelo. Ruth dijo: Chis, chis, chis, y le acarició la mejilla, y Ayelet se inclinó a la altura de Ruth y le dijo a Ofri: Volvemos dentro de un ratito, ¿eh, cariño? Ofri la miró con esa mirada inteligente suya y luego me miró a mí. Parecía a punto de echarse a llorar. Pero no. Solo se acomodó mejor en el pecho

de Ruth, que dijo: Por favor, os lo ruego, no debéis preocuparos, hemos criado a tres hijos y cinco nietos, y Ayelet insistió: Es solo un ratito, y le hizo a Ofri una última caricia en la mejilla.

Apenas cerramos la puerta de nuestro apartamento, le puse la mano en el culo, pero ella se quedó rígida y dijo: Un momento, ¿no oyes llorar? Nos detuvimos, escuchamos, pero aparte del ruido habitual del trajinar de muebles de la viuda del piso de encima, no se oía nada. Esperamos unos minutos por si acaso y por fin Ayelet me tomó de la mano y me dijo: Por favor, sin preliminares, y me arrastró hasta el dormitorio.

Los nietos de Hermann y Ruth están esparcidos por el mundo. Dos en Viena, dos más en Palo Alto. La mayor vive con su madre en París y viene a visitarlos cada verano; vuelve locos a los jóvenes del barrio con su minifalda de infarto, su piel bronceada y sus ojos verdes. La esperan abajo como gatos en celo y ella juega con ellos. Los roza con la mano mientras habla, pero no se deja tocar. Es una francesita. Ya lleva zapatos de tacón. Usa perfume de mujer. El verano pasado, Ruth la mandó a nuestra casa para pedirnos huevos y le abrí la puerta sin camisa, entonces ella me dijo con ese acento francés suyo: *Monsieur Arnon*, póngase la camisa; no está bien estar así con una señorita, mientras sonreía coqueta. Le di los huevos sin devolverle la sonrisa y pensé: Se nota que esta descocada no tiene padre. Si hubiese sido yo su padre, le habría hecho quitarse esa minifalda al momento. Pero vamos a dejarlo; luego hablamos de ella.

Los otros nietos de Hermann y Ruth vienen a visitarlos una o dos veces al año. Entonces, su casa, de la que gene-

ralmente solo se oye el sonido del piano o el canal alemán por cable, se vuelve ruidosa y llena de vida. Hermann les construye en el jardín toda clase de juegos. Antes de jubilarse, trabajaba en la industria aeronáutica, por eso tiene un don para esas cosas. Les monta columpios, toboganes y escaleras, y también pequeños modelos de aviones con control remoto. Si es verano, saca del trastero una piscina. Es enorme, de plástico rígido. Y en la piscina les coloca un portaaviones en el que intentan que aterricen sus maquetas. Después saca el portaaviones de la piscina, se ponen los bañadores, se dan un chapuzón y se salpican unos a otros. Pero sin armar barullo. Son niños educados. No como los de aquí. Comen con cuchillo y tenedor. Saludan cuando se cruzan contigo por las escaleras.

Cuando los nietos regresan a sus países, Hermann y Ruth se deprimen. Ocurre siempre. El día siguiente al vuelo se encierran a cal y canto y ya sabes que de nada sirve tocar su timbre. No sé cómo explicarlo... Es como si la puerta pesara un quintal y advirtiera: Ahora no. Un par de días después de la partida de los nietos, suelen llamar a nuestra puerta diciendo que, si queremos, podemos dejarles a Ofri. Hermann le dice a Ofri: Dale un beso a Hermann. Se agacha hasta su altura y le ofrece la mejilla. Ella lo besa con cuidado, para no pincharse con los pelos de la barba. Ruth le dice a Ayelet: Solo un ratito. No tienes que pagarme. Y añade en voz baja, casi susurrando: Se le hace tan duro a Hermann cuando los nietos se van... Hace dos días que no duerme, no se afeita. No sé qué hacer con él.

El detalle del beso, por ejemplo. Cuando antes te dije que había indicios, me refería a cosas de este tipo. Empezó

pidiéndole un beso a Ofri cuando iba a su casa. Y cuando se despedía de ellos. Dos besos. Uno en cada mejilla. Pero el último año, de repente, podía abrir la puerta por sorpresa cuando estábamos en el rellano dispuestos a salir o a punto de entrar, agacharse y decir a la niña: Ofri, dame un beso.

Mientras te cuento esto me siento morir: aparte de esa, ¿había más señales de alarma? Pero no las quisimos ver, eso es lo que quiero explicarte. La madre de Ayelet no es una persona a la que dejarías sola con niños. Mis padres se han jubilado y están siempre de viaje en el extranjero. Largos viajes. Sudamérica. China. De repente recordaron su época de mochileros. Justo entonces nació la pequeña Yaeli. Tuvo una complicación en las vías respiratorias. Ayelet y yo pasamos semanas en el hospital infantil Schneider por turnos junto a su cama; el que estaba de guardia no podía dormirse ni un segundo porque en ese segundo podía dejar de respirar, y de ahí ibas directamente al trabajo sin tiempo ni para ir a casa a cambiarte de ropa. No es una excusa, solamente digo que cada vez necesitábamos más a Hermann y a Ruth. Por la tarde, por la noche, los fines de semana. A veces dejábamos en su casa a Ofri solo media hora, otras veces medio día.

De repente he recordado –vaya, lo había olvidado completamente– que cuando Ayelet llegó una mañana al hospital Schneider a sustituirme me contó el sueño que había tenido aquella noche: estábamos los dos esperando fuera del quirófano, pero la niña a la que operaban, la niña en peligro, era Ofri, no Yaeli. Y en el sueño no tenía siete años, sino uno. Y el cirujano que salía del quirófano para anunciarnos el resultado era Hermann. En lugar de la bata de médico, llevaba una bata como la de los pacientes, abierta por

detrás. En el sueño, ella no veía la abertura, pero sabía que estaba ahí. Hermann le pasaba un dedo por el entrecejo y le decía: Ofri vivirá. Ayelet se sorprendía de que le hablara de Ofri y no de Yaeli, pero no quería preguntar para no echar a perder el alivio que sentía.

No intenté interpretar el sueño. Ni por asomo. Cuando empezábamos a salir, en Haifa, una vez intenté interpretar-le uno y me dijo que yo no servía para eso y que mejor me limitase a escucharla. Y aunque se lo hubiera interpretado, no me habría ni acercado a lo que ocurrió un año más tarde. Seguro que le habría dicho algo como: Quizás hubieras preferido que en el sueño, solo en el sueño, fuera Ofri la que cayera enferma, porque es más fuerte y tendría más posibilidades de superarlo.

Así son las cosas. Hasta que no tienes una segunda hija no entiendes de verdad a la primogénita. Gracias a Yaeli comprendimos lo especial que es Ofri. Qué excepcional es esa calma suya. Su determinación. Todas sus maestras y profesoras nos habían dicho siempre que era una niña mayor para su edad. Pero tuvimos que pasar por Yaeli, por todos sus dramas, para comprender de qué hablaban.

Voy a decirte algo que suena mal, pero no me importa: quizás habría sido más fácil si lo que ocurrió le hubiera sucedido a Yaeli. Con ella todo es más simple: cuando está triste, llora; cuando está frustrada, se tira al suelo y chilla. Ofri jamás grita. Asimila. Reflexiona. Sopesa la situación. No tengo ni idea de lo que pasa por su cabeza. Solo muy de cuando en cuando suelta algunas palabras precisas. Entonces vuelve a observar el mundo, a absorber todo cuanto puede. La niña es un radar, te lo digo yo. De pequeña, pre-

sagiaba cuándo se avecinaba una pelea entre Ayelet y yo, lo notaba en la energía de la habitación, se ponía entre los dos y decía: Papá, no os peleéis.

Fue ella también la primera que captó que algo no iba bien con Hermann. Incluso antes que Ruth. Un día, al volver de su casa, dijo: Hermann está estropeado. ¿Qué quieres decir con «estropeado»? Siempre olvida cosas. ¿Qué clase de cosas? Dónde deja las gafas, por dónde se sale al jardín, su nombre. ¿No lo hará para jugar contigo, Ofriki? A lo mejor es un juego. No, papá, está estropeado.

Unos días más tarde llamaron a nuestra puerta por la tarde. Los dos. Hermann fue enseguida hacia Ofri, le pidió un beso y luego se puso a cuatro patas para que pudiera cabalgar encima de él por el salón. Ruth le ofreció a Ayelet un plato con un pedazo de su tarta marmolada y preguntó si podía utilizar nuestro fax. Ya lo habían usado algunas veces, o le había pedido ayuda a Ayelet con su viejo ordenador, que siempre se colgaba. Nosotros les pedíamos leche. O huevos. O una cebolla. Aquí no es como vosotros en Tel Aviv, no hay tiendas abiertas las veinticuatro horas, así que si te faltan cebollas te quedas sin guiso. A veces, a ellos también les faltaba aceite o azúcar. Aunque menos a menudo que a nosotros. No estábamos realmente a la par, aunque nunca nos preocupamos por nivelar la balanza. Para nada. Pensábamos que esa era la gracia. Vecinos como los de antes. Antes de que la gente se volviera interesada. Te diré algo más: cada vez que estos últimos años hemos planeado cambiarnos a un piso más grande para que cada niña pudiera tener su habitación y un estudio normal, uno de nosotros siempre decía: Pero ¿qué vamos

a hacer sin Hermann y Ruth? Y de esta manera el asunto quedaba zanjado.

Entonces, ese día Ruth vino a pedir si podía usar el fax, pero no fue directamente al escritorio, como hace siempre, sino que se quedó en el recibidor. El pelo, de ordinario recogido en un moño, estaba suelto, se pasó un dedo por él y dijo en voz baja: A Hermann le ocurre algo. Algo malo. Ayer, al volver del trabajo, me lo encontré vagando por la calle, preguntando a los transeúntes dónde vivía.

Ayelet le preguntó si quería beber algo y la invitó a tomar asiento, Ruth suspiró y aceptó. Hermann seguía galopando con Ofri por el salón. Yo tenía a Yaeli en brazos para que Ayelet pudiera prepararle a Ruth un café con leche. Ruth dijo: Todas esas horas solo en casa no le hacen ningún bien, y Ayelet añadió: Puedes volverte loco todo el día en casa, y yo dije: Sí, eso fue lo que me hundió cuando trabajaba como autónomo en casa. Ruth prosiguió: Pero qué le vamos a hacer si yo tengo que seguir enseñando, la pensión de Hermann no nos llega.

Dime, le pregunté, ¿no os debemos dinero?

Mientras tanto, Hermann, sentado en el sofá con Ofri en las rodillas le cantaba *Hoppe, hoppe reiter*, el *Arre arre, caballito* de los alemanes. La niña chillaba de placer. Pensé que ya era mayorcita para ese tipo de juegos. Demasiado mayorcita para estar en sus rodillas, para que él le pusiera las manos en las rodillas. Y Ruth dijo: Faltaría más, pagad cuando podáis. Vuestra hija es una alegría para Hermann. Es lo más importante, sobre todo ahora.

Ayelet le dijo: Tomáte el café, y Ruth hizo una pausa para dar unos sorbos, luego continuó: Era el muchacho más gua-

po del kibutz. Esos ojos suyos. Azulados grisáceos. Como los de un gato. Bronceado, como buen israelí. Yo era nueva. Recién llegada del barco. Cuando notaron que no me quitaba los ojos de encima, me avisaron: Ese cambia de chica como de traje. Y solo le interesa una cosa de las mujeres. Pero no me importó todo lo que me dijeron de Hermann. Pensé: Bueno, ¡es así porque aún no ha dado conmigo!

Y qué, ¿tenía razón? Ayelet sonrió. Ruth, muy seria, miró a Hermann y a Ofri, y respondió: Tenía razón y me equivoqué. Y de pronto guardó silencio. Sorbió el café. Volvió a pasarse por el pelo su largo dedo de pianista. Entonces Ayelet le dijo que cuando necesitase ayuda nosotros estábamos aquí, y yo añadí: No lo dudes, de verdad. Y Ruth dijo: Gracias, de veras, sois unos vecinos maravillosos.

Esa noche le dije a Ayelet: Ofri ya no debe quedarse sola con Hermann, y Ayelet dijo: Sí, tienes razón. También tenemos que pagarles. No está bien que sigamos así. ¿Tienes dinero en efectivo? No. ¿Lo sacas mañana? Sí, claro, ¿cuánto les debemos? No lo sé, mucho, por lo menos seiscientos. Muy bien, sacaré mil.

Al día siguiente no saqué mil. Ni siquiera cincuenta.

Y esa semana dejamos a Ofri un par de veces más en casa de los Wolf. Las dos veces fue para llevar a Yaeli al hospital a hacerle pruebas. Las dos veces, Ruth estaba en casa. Las dos veces, al recogerla, no notamos nada fuera de lo normal en el abrazo que nos dio Ofri. Empezó a contarnos los fallos de Hermann, cómo había echado azúcar en vez de sal en la tortilla de salchichón, cómo confundía el mando a distancia del aire acondicionado con el de la televisión. Le brillaban los ojos cuando lo contaba. Al parecer, Hermann había

conseguido convencerla de que todo era un juego en el que ella, tan pequeña, tenía un importante papel: recordarle el orden de las cosas, llevarle el mando a distancia adecuado, enseñarle dónde estaban las macetas que había que regar, decirle qué día era hoy.

Ayelet me dijo: *She is so innocent. Smart and innocent.* Y yo dije: *Soon she won't be innocent any more, it is just a matter of time.* Y Ayelet, que no tiene un pelo de tonta, captó al vuelo que yo volvía a la carga con el asunto de hacer otro niño y me cortó rápido: Olvídate, Arnon. A menos que seas tú el que se quede embarazado. Yo dije: *English baby, English,* y Ofri nos interrumpió: Mamá, por favor, los hombres no pueden estar embarazados. Y Ayelet le dijo: No soy tu amiga, Ofri, no me hables en ese tono, y Ofri dijo: Qué te pasa conmigo, por qué estás siempre enfadada conmigo, y yo me atreví a comentar: *She is right, you know.* Y Ayelet me dijo: Tú no te metas.

Tienen una relación complicada, Ofri y Ayelet. Acaso no el primer año, cuando Ofri estaba pegada a su teta. Pero en cuanto dejó de mamar y empezó a hablar, se desató la tensión entre las dos. Son grandes amigas, como uña y carne, pero en un momento se ponen como el perro y el gato. El problema es que va en serio. Ofri es fuerte, muy fuerte, pero no tiene ninguna posibilidad cuando Ayelet carga con toda su artillería. Llama a eso «línea roja». La niña necesita líneas rojas. Sin embargo, desde el principio, detecté que hay algo más que eso, que hay algo malo en la forma en que le habla. Un aguijón escondido en la miel. ¿Te pongo un ejemplo? Puede decirle: Mira cuántas amigas vienen a jugar con Yaeli. Solo tú estás sepultada todo el día en la cama con tus libros,

¿no es una pena, cariño? O: ¿Crees que llegarás a elegir lo que quieres ponerte antes de mañana, guapísima? O: ¡Planeta Tierra a Ofri! ¡Planeta Tierra a Ofri! ¿Me estás oyendo? Incluso las palabras cariñosas que le dedica –Estás-en-las-nubes, soñadora, mudita–, de hecho, son más mordaces que cariñosas. A veces, cuando regresa tarde de la oficina y Ofri hace algo que no le gusta, o está inmersa en su mundo y no le responde, se sale de sus casillas y puede endilgarle frases como: Soy tu madre y tengo que aguantarte, qué remedio me queda. Otras personas sencillamente te darían la espalda si te comportases con ellos de ese modo. O –te aseguro que lo dijo–: ¿Qué pecado cometí para merecer un castigo como tú?

No es solo lo que dice. También es el tono. Cortante. Despiadado. ¿Por qué se comportan así? No lo sé. Ofri tiene un ritmo pausado. Algo reflexivo. La verdad es que, a veces, no se da cuenta de que le estamos hablando. Y si le metes prisa, lo hace todo al revés. Ayelet, todo lo contrario, siempre va apresurada. No tiene paciencia con quien no sigue su ritmo. También tiene una madre completamente chiflada. Puede que eso influya. De pequeña, su madre la maltrató. En Ramat Aviv, un buen barrio, ¿eh? No en Lod. En el verde Ramat Aviv, su madre la azotaba con un cinturón y una regla. Y no había un padre para separarlas. Por cierto, eso te demuestra que nunca sabes lo que le sucede a la gente de puertas adentro.

Antes que Yaeli naciera, Ayelet y yo discutíamos a menudo por la educación de Ofri. Ella me decía que yo echaba a perder a la niña. Y yo le respondía: Pero qué dices que la estropeo, la niña está muy bien, es un ángel. Con la llegada

de Yaeli a la familia, encontramos algo de equilibrio. Una mesa se sostiene mejor sobre cuatro patas. Pero aún notaba que era preciso que yo estuviera allí para proteger a Ofri. Para que Ayelet no se metiera demasiado con ella.

Voy a contarte algo que te puede parecer raro. A raíz del éxito del Tavlina, me ofrecieron montar restaurantes en España y en Alemania. No tienes ni idea del correo que me mandaron: *We admire your no-bullshit style of creativity, The atmosphere you create makes people want to order the whole menu.* Te lo enseñaré en cuanto tenga ocasión. De todos modos, les dije que no. Aun cuando hubiera sido la ocasión de volver a trabajar por mi cuenta. Y un inestimable desafío profesional. La verdadera causa por la que decliné la oferta –no la que le dije a Ayelet– fue que para montar un restaurante en el extranjero hay que quedarse allí una larga temporada, y, ¿sabes?, no me veo dejando solas tanto tiempo a estas dos gatas. Siempre me he sentido especialmente responsable de Ofri. Y eso solo vuelve mucho más grave lo ocurrido.

Oye, ¿no te molesta que te suelte todo este rollo? ¿Estás seguro? ¿Qué tal tú? Ni te lo he preguntado. Veo que eres un superventas. ¿Cuánto ganas por cada libro? ¿Eso es todo? Te están jodiendo, créeme. ¿Que siga con la historia? Para ti todo son historias, ¿eh? Lástima que para mí sea la vida misma.

Déjalo. ¿Dónde estábamos? Los lunes tengo doble sesión de *spinning*. Empieza a las siete, pero hay que llegar un poco antes para conseguir una buena bicicleta. ¿Nunca has practicado *spinning*? Suerte la tuya; seguro que tienes una excelente herencia genética. En nuestra familia, todos los

hombres terminan con unos buenos michelines. Así que no me queda elección. Tengo que cuidarme. En la sala de *spinning*, las bicicletas están dispuestas en semicírculo frente a la monitora. Y numeradas. A mí me gusta la número cuatro. Es la más alejada del aire acondicionado. Los lunes, Ayelet y yo hemos establecido que ella recoja a Yaeli en la clase especial de yoga para niños con problemas respiratorios en Tel Aviv y, cuando las dos regresan, yo puedo irme a *spinning* a las seis y media.

Ese día quedaron atrapadas en un atasco. Ayelet me llamó desde el coche para decirme que se retrasaría un poco. Le dije: Ve por la carretera Ayalon sur. Y ella me dijo que ya estaba en Gheha. Me puse nervioso. Siempre le digo que vaya por la carretera de Ayalon porque no está tan concurrida, pero ella siempre insiste en ir por Gheha. Es la costumbre. Ya me veía llegando en el último minuto teniendo que coger la bicicleta número diecinueve o la veinte, las de los perdedores, detrás de la columna. Desde allí no se ve a la monitora. ¿Entiendes? Ojalá pudiera decirte que fui a casa de Hermann y Ruth porque me surgió un asunto urgente en el trabajo o porque sentí una opresión en el pecho y tuve que ir al hospital. La verdad es que la historia fue esa: qué bicicleta tendría disponible para la sesión de *spinning*.

Ruth estaba en el conservatorio. Le pregunté a Hermann cuándo regresaría y me dijo que no lo sabía. Eché cuentas: si salía en ese instante, Ayelet llegaría a casa dentro de diez minutos, un cuarto de hora como máximo. ¿Qué podía ocurrir en un cuarto de hora? Seguro que entretanto Ruth también volvería. Solía regresar del trabajo a las seis y media. A los viejos no les gusta cambiar su rutina. Así, Ayelet no sabría

que había dejado a Ofri sola con Hermann. Y aunque fuera así, no importa; que la próxima vez vuelva por Ayalon.

Ofri estaba en las nubes, por supuesto. Le dije que serían solo unos minutos. Que mamá volvía enseguida. Pero ya estaba cabalgando sobre la espalda de Hermann, *Hoppe*, *hoppe reiter*, y no me hacía caso. Quise decirle que tuviera cuidado, pero no sabía cómo sin ofender a nuestro vecino. Sin que se diera cuenta de que no confiaba en él. Así que no dije nada. Le mandé un mensaje a Ayelet: Ofri está en casa de Hermann y Ruth. Me cambié de ropa. Y simplemente me fui. No sé si habría servido de algo el haberle advertido. Si le hubiera dicho a Hermann: En tu estado, mejor que no salgáis de casa; había muchas posibilidades de que me hubiera respondido: ¡Ya!, y de que se le olvidara al instante.

Mientras practicaba *spinning*, puse el móvil en silencio. De hecho, ya era imposible oír nada con el ruido de los altavoces. Después de la doble clase de *spinning* vi que había cuatro llamadas perdidas. Entonces aún pensé que Ayelet se había quedado sin llaves y no podía entrar en casa o algo parecido, y me fui a las duchas. La próxima vez que me haga caso y conduzca por Ayalon. Eso fue lo que pensé. Que aprenda la lección. ¿Sabes? Me tomé mi tiempo bajo el agua. Me enjaboné. Me restregué. Fui subiendo la temperatura hasta casi quemarme. ¿A ti también te gusta? Vaya. Creía que era una perversión privada. Una vez seco, volví a mirar el móvil. Había doce llamadas perdidas. Llamé a Ayelet. Y en unos segundos ya estaba de camino a casa.

¿Cómo puedo explicarte lo que se siente en un momento así? ¿Te acuerdas de la primera vez que nos llamaron tras acabar el servicio militar, cuando Erlij entró por descuido en

ese callejón de Hebrón? ¿Te acuerdas de que empezó a caer nos encima una lluvia de piedras? ¿Y que no conseguí dar marcha atrás? Pues lo mismo, pero multiplicado por diez. Por cien. Por mil. A pesar de todo, en Hebrón estaba tranquilo. Tenía la sensación de que saldríamos vivos de esa. En situaciones de tensión extrema, en general mantengo la calma. Pero aquí, si te soy sincero, perdí absolutamente los estribos. Gritaba yo solo en el coche. Daba puñetazos al volante.

La gran diferencia es que en Hebrón era responsable de mí mismo. Y en esa ocasión era responsable de mi hija. Y la jodí. Sabía que lo había jodido todo. Estaba tan claro que ni siquiera Ayelet perdió el tiempo en echarme la culpa. Apenas salí del coche, me puso al corriente de la situación: todo el edificio se había volcado en la búsqueda y estaba en camino un coche de la policía. Buscaban por nuestro barrio y también por el barrio vecino. Dije: Lo mato, si le ha hecho algo, lo mato. Ayelet dijo: Todavía no sabemos lo que ha ocurrido, quizá simplemente se han perdido. Pero en sus ojos vi que ella también pensaba en los besos y en *Hoppe, hoppe reiter*. Pregunté si alguien buscaba por los frutales y Ayelet dijo: No, no pensamos en nada tan lejos. Entonces le dije: Voy para allá y me llevo la pistola. Y ella dijo: ¡Pero qué dices, la pistola! Y yo dije: Con que le haya tocado un solo pelo, es hombre muerto.

Cuando Ofri iba a la guardería había un niño que se metía con ella. Saar Ashkenazi. Cada día regresaba de la guardería con una historia nueva. Saar Ashkenazi le había dicho esto, Saar Ashkenazi le había hecho lo otro. Ayelet habló con la maestra y esta dijo que no había reparado en nada especial y que a esa edad aún no distinguen muy bien entre la realidad y la fantasía.

Nuestra hija nunca había confundido la realidad con la fantasía. Y eso fue exactamente lo que le dije a Ayelet: La niña no las confunde. Y un día, después de dejar a Ofri en la guardería, me escondí tras un seto y esperé a que terminaran la actividad de la mañana y salieran al patio. Al principio todo iba bien. Ofri jugaba con sus amigas y yo me sentí algo estúpido. Un señor en la cuarentena, escondido detrás de un seto a las nueve de la mañana. Pero entonces se les acercó un niño. Por detrás. Es decir, Ofri le daba la espalda. Y el pequeño gilipollas le bajó el pantalón. Y salió huyendo. Y luego, a unos metros de distancia, se reía de ella diciendo que se le veían las braguitas.

Ya me conoces. No soy violento. En la intifada me quedaba en la cocina para no salir de maniobras, ¿te acuerdas? Pero créeme, si hubieras visto cómo le bajaban el pantalón a tu Jonathan, hubieras reaccionado como yo. Es un instinto biológico. No hay más que hablar.

¿Qué hice con el niño? Lo que convenía. Trepé la valla del patio, lo agarré y lo arrinconé contra la pared, y le dije que como volviera a tocar a Ofri, le rompía la crisma.

Por la noche llamó su madre. Me dijo: Te has metido con la familia equivocada. Al parecer, el padre de Saar Ashkenazi era el jefe mafioso del barrio. La policía hacía años que le quería echar el guante. ¿Que no te crees que exista algo así en este tipo de barrio? Pues ya puedes empezar a creerlo.

En resumidas cuentas, su mujer me dijo por teléfono: Así está en el extranjero «explorando nuevas vías de negocio», pero en cuanto regrese, sabrá lo que le hiciste a Saar, atente a las consecuencias. Eso dijo. Con esas mismas palabras. Atente a las consecuencias.